

## LA MEDIACIÓN

Hasta aquí hemos intentado reflexionar a partir de la doctrina de la Iglesia, sobre el puesto, que ocupa María en nuestro credo, y sobre la imagen de conjunto que la fe puede suministrarnos acerca de ella; hemos considerado su dichoso, comienzo, su maternidad divina, su impecabilidad; y hemos meditado sobre su feliz tránsito, y su ascensión a los cielos. Podríamos preguntarnos ahora: ¿Hay algo más que decir? ¿No hemos ya abordado, de alguna manera, todo lo que concierne a María? A esta pregunta se puede responder: sí y no. Sí, porque en alguna manera, ya se han tocado todos los temas. Y sin embargo, al final de estas meditaciones teológicas, todavía es posible recapitularlo todo, preguntándonos: ¿Qué significa todo esto para nosotros?

Hemos contemplado hasta aquí a María en lo que ella es en sí y para sí; por tanto podemos acabar estas meditaciones reflexionando, sobre lo que es propiamente para nosotros.

Es ésta una cuestión a la que podemos responder con una palabra que ya se ha hecho corriente en el magisterio de la Iglesia, aun cuando no expresa todavía una verdad definida. Podemos decir simplemente: María es nuestra medianera.

Con frecuencia nos hemos dirigido a ella en la oración de la siguiente manera: Señora nuestra, nuestra medianera, nuestra abogada. Si reconocemos, por una parte, que el concepto de medianera no es todavía un

dogma definido, reconozcamos también, por otra, que es una verdad evidente de nuestra fe la que expresamos en el símbolo de los apóstoles cuando confesamos la comunión de los santos, cuando afirmamos que hay un culto y una invocación de los santos y a la vez una interpelación de ellos en favor nuestro en esta comunión sagrada. Es así como el término de mediación, referido a la bienaventurada Virgen, nos parecerá completamente natural y familiar a nuestra conciencia de fe.

Con todo, en principio se podría oponer una seria dificultad contra este término y contra las ideas que encierra y la realidad que implica. Se podría decir: ¿No es Jesucristo nuestro Señor el mediador, el único mediador entre Dios y nosotros? Y a esta cuestión, así propuesta, ¿no se ve uno forzado a responder con un sí rotundo, sin reservas y evidente? En realidad es evidente que, en el sentido preciso según el cual Jesucristo de acuerdo con la enseñanza de la Escritura, el testimonio de toda la cristiandad y la fe católica romana, es el mediador, el único mediador; no puede pensarse en ningún otro mediador nuestro, de nuestra salvación o de nuestra fe, ni siquiera la santísima Virgen. Jesucristo es en un sentido determinado y unívoco, el mediador único, junto al cual no hay, en el sentido en el que Él lo es, otro mediador o medianera. Pues Él es, en cuanto Hombre-Dios, la causa propia y única, operante, de nuestra salvación; Él es, en cuanto Hijo de Dios, nuestra misma salvación, y el acceso de gracia a Dios Padre, en cuanto que, en la unidad de su persona, posee la esencia divina que le viene del Padre por generación eterna y la naturaleza humana que le viene de la Virgen María. Él es quien en su ser y en su actuar constituye la única y excepcional unión entre Dios y creación necesitada de rescate; es, pues, mediador en un sentido sin paralelo

alguno posible.

Mas si, a pesar de todo, en nuestras oraciones, en nuestra veneración y confianza, confesamos con sencillez y con alegría a María como nuestra medianera, tiene que ser porque este término posee un sentido completamente distinto de aquel que empleamos para reconocer con la Escritura al Señor como nuestro mediador único.

Un empleo semejante de una palabra en dos sentidos diversos (aun cuando exista una íntima conexión entre ambos significados) no tiene nada de extraño. El lenguaje humano es, una vez más, pobre de recursos y no dispone sino de un número de palabras muy limitado. Con estas pocas palabras debe expresar toda la inagotable realidad del orden divino de la salvación; y es necesario también que tales verdades sean enunciadas en pocas palabras y sin largas explicaciones; siempre tendremos, por consiguiente, pocas palabras y demasiadas cosas que designar con ellas. Por ello nadie debe asombrarse ni indignarse si debemos designar, con una misma expresión cosas tan radicalmente diferentes como la mediación del Verbo eterno de Dios, que se hizo hombre, y la mediación de la Virgen santa, que es una simple criatura, aunque llena de gracia. Solo interesa que en cada caso comprendamos justamente qué queremos indicar bajo esas pobres y escasas palabras humanas.

Si queremos comprender en qué sentido verdadero la santísima Virgen, a pesar de la mediación única de Jesucristo, puede ser llamada nuestra medianera, será bueno que ante todo dirijamos nuestra mirada, como ya lo hemos hecho en nuestra primera meditación, al hecho de que todos nosotros somos solidarios aun en nuestra propia salvación y que en el momento de nuestras responsabilidades últimas, en ese momento en que bajo el

peso de la gracia y la proximidad de Dios, debemos responder de nuestra salvación y nuestro juicio, aun entonces cada uno de nosotros debe sobrellevar toda la seria y gozosa carga de los demás. Los padres aconsejan a sus hijos, se preocupan por su salvación y oran por ellos; los maestros de la Iglesia proclaman la verdad de la fe; los sacerdotes administran los sacramentos de Dios; todos oramos unos por otros, expiamos y soportamos el peso de la culpa común entre todos; puesto que hemos aportado también nuestra parte al pecado común de la humanidad. En la historia de la salvación somos también solidarios, o como decía san Pablo, colaboradores de Dios; cada uno es en algún modo –¿cómo decirlo de otra manera?– mediador de la salvación para los demás.

No en el sentido de que cada uno de nosotros se haya elevado a lo alto para hacer bajar la salvación del Dios eterno. Esa salvación debía ya estar entre nosotros por propia gracia y obra de Dios, para poder nosotros comunicárnosla mutuamente. Por lo mismo tampoco es verdad que nosotros produzcamos propiamente la salvación, sino que, dado que ya está ahí, que nos ha llegado en Jesucristo (en Él solo) a nosotros, es decir, a la comunidad de los hombres en que cada individuo depende de su vecino, ha querido Dios en su gracia y misericordia que los unos nos ayudemos a los otros aun en la consecución del don de la salvación. Pues en esta comunidad humana de la historia de la salvación y condenación, Dios ha instituido en Jesucristo la salvación de tal forma que cada individuo la alcance por medio de su prójimo, aunque desde el punto de vista de Dios la salvación sea conferida directamente a cada uno en Jesucristo, cabeza de la única humanidad. Nosotros como tales no operamos la salvación; no podemos originar una

salvación aún no existente, como haciéndola surgir por primera vez, sino que somos intermediarios y en este sentido mediadores los unos para con los otros; ante el tribunal de Dios deberemos dar cuenta de si hemos llevado a cabo realmente, en el marco de nuestras posibilidades, en nuestra situación concreta, con los dones y talentos que nos fueron conferidos, lo que como mediadores teníamos obligación de hacer por nuestro prójimo.

Si existe ya en esta tierra por la gracia de Jesucristo una mediación tal de salvación en la comunión de los santos, ¿podrían tener una importancia menor como mediadores los que con toda su vida, con todo lo que fueron y siguen siendo, han entrado ya en la gloria de la vida de Dios? ¿No será, precisamente en la comunión de la salvación única, en la comunión de los santos, por la que permanecen unidos a nosotros, cuando alcanzarán, para nuestro bien, su mayor importancia? ¿Y no deberemos llamarlos mediadores de nuestra salvación precisamente ahora cuando son los del cielo, los rescatados, los hombres definitivamente salvos? Si les llamamos mediadores no queremos decir, tanto si nos referimos a aquellos que ya han alcanzado la salvación en la eternidad divina, como si se trata de los «colaboradores» de Dios sobre la tierra, que ocupen un puesto entre Dios nuestro Señor y nosotros. No son algo que nos impida el acceso inmediato a Dios, a su gracia y al único mediador; no constituyen un camino de instancias que hubiera que recorrer para llegar al eterno gobierno del mundo y al tesoro de la gracia celestial. Ellos son más bien los que con nosotros y junto a nosotros, más aún, unidos realmente a nosotros en nuestra comunidad de intereses, se hallan ante el Dios único en la comunidad santa de los redimidos.

La mirada de Dios y de su actividad creadora, la

mirada de su gracia y misericordia, desciende sobre nosotros como miembros de esta única gran comunidad. Él quiere a cada uno como redimido, bendecido por su gracia, amado de Él, en cuanto que pertenece a esta gran comunidad santa y única y porque es miembro de ella; por tanto, siempre en razón de los otros que constituyen conjuntamente esa única comunidad que ha alcanzado la gracia de la misericordia de Dios.

Somos siempre, en verdad, los interpelados de una manera propia e individual por la gracia de Dios, gracia que se dirige a cada individuo particular; pero, aun en cuanto individuos somos amados por Dios solo por nuestra relación con los demás y por la religación de los demás para con nosotros. Porque Dios les ama a ellos nos ama a nosotros, y porque nos ama a nosotros, ama a los demás.

No podemos disolver esta unidad de la voluntad creadora y santificante de Dios, que es la que fundamenta la unidad de la humanidad beneficiada con la gracia. Todos pertenecemos a todos y podemos decir, en un sentido verdadero: todos son para todos mediadores, porque el individuo es amado por Dios en cuanto que viene a su lado esa innumerable legión de hermanos y hermanas en la salvación y les está unido en la comunión de los santos.

Todos son mediadores para todos, nosotros para todos y todos para nosotros. El que piensa, consciente o inconscientemente, de otra forma, hace del reino de Dios, de la comunión de los santos, de la Iglesia eterna, del reino del amor, una mera colección de individuos solitarios que en definitiva no tienen nada que ver unos con otros respecto a su salvación; aísla al individuo precisamente allí donde más importa, en una soledad absoluta. Le fuerza contra la verdad a fingir un Redentor que no es el salvador de todos, cuando precisamente el Salvador auténtico nos ha

amado y acogido a todos y a cada uno de nosotros en su amor, para que cada uno, librado de su soledad, tome parte en la gloria de todos.

La cuestión, pues, solo puede ser la siguiente: ¿cuál es la importancia del individuo para con su prójimo, en qué manera y grado es el mediador para con sus hermanos?

Hay sin duda diferencias de modo y de grado, pues Dios concede su don a cada uno según su voluntad, aun el don y la gracia por el que uno servirá de ayuda a la salvación de su hermano.

Si ahora nos preguntamos qué importancia mediadora deberá tener la santísima Virgen, ahora que con toda la realidad consumada de su vida y de su corazón, vive y es bienaventurada en adoración ante el amor eterno del Dios trino, tendremos que contestar: No podemos determinar de otra manera la función mediadora que le corresponde, ni la podemos considerar de otro modo que refiriéndonos a su significación salvífica en la historia del mundo, de la humanidad y de su salvación.

Pues también para ella la eternidad es el fruto de la vida sobre esta tierra antes de su muerte. El significado de María en la historia de salvación se ha convertido en algo eternamente valedero e inabrogable desde que por la muerte ha entrado en lo definitivo de su gloria y consumación celestial. Pero resulta que no hay ningún ser humano sobre esta tierra, en la historia de la salvación –en la que no solo descubrimos un Redentor, sino también unos redimidos; no solo al Hijo de Dios, sino también a los hombres como colaboradores de Dios–, no hay nadie, decimos, que haya tenido una función más profunda, más absoluta, más determinativa del plan salvífico que la bienaventurada virgen y madre de nuestro Señor, pues ella ha concebido para nosotros, en verdadera libertad, nuestra

salvación.

Lo que sucedió por medio de ella, y de una manera excepcional y única, para nuestro bien, es necesario que en un sentido verdadero se haya hecho eternidad. Ese «sí» de la Virgen único y determinante de toda la historia del mundo, no es un suceso que se haya disipado en el vacío del pasado, sino que es algo que se produjo como acontecimiento de una historia espiritual y personal en la gracia y por tanto permanece y es eterno. María sigue diciendo ahora su eterno amén, su eterno hágase, a todo lo que quiso Dios, a todo el único y grande universo de la redención, construido sobre Jesucristo y en el cual estamos también nosotros. A todo ello dice la Virgen su amén, puesto que en otro tiempo dijo de un modo único su sí a Jesucristo y ese sí se ha hecho eternidad.

Cuando Dios contempla la comunidad única de los redimidos y en ella nos contempla a todos en mutua y recíproca dependencia, considera también este sí eterno de la Virgen. Dirige su mirada a este sí del que quiso hacer depender nuestra salvación de un modo eminente, directa y excepcionalmente único. Dios quiere, pues, también nuestra salvación, a la vista de María y de su realidad eterna. Cuando Dios mira hacia María, ve en ella también la gracia del Verbo hecho hombre, y nos quiere a nosotros porque la ama a ella como Madre de su Hijo. Pero, dado que Dios en realidad y en verdad da la gracia como cosa propia a aquel a quien se la concede, gracia que es inseparablemente y siempre de Dios y de Cristo, no hay verdadero reconocimiento y alabanza de este don único de Dios más que si aquellos a quienes les ha sido dado, lo confiesan como tal. Y esta alabanza no desvirtúa, sino que exalta la gloria de la pura gracia del único mediador.

He aquí por qué podemos con toda verdad decir de

María –por su obra en la historia de la salvación, obra que se ha hecho eternidad–, que ella es en la comunión de los santos la medianera para todos nosotros, la medianera de todas las gracias.

Podemos también, por tanto, creer que un católico ordinario comprende a su manera y observa en su vida religiosa la diversidad existente entre la mediación de Cristo y la de la santísima Virgen. Quizá no podría explicar el hecho con conceptos teológicos bien establecidos, pero es consciente de él con toda certidumbre, pues reconoce y vive en su oración el hecho de que María es una criatura llena de gracia y que, a pesar de toda la indecible gloria de su gracia, es solo una criatura. Sabe también que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el Verbo eterno del Padre, a quien únicamente en unión con el Padre y el Espíritu Santo se debe adoración. El católico está convencido de la dignidad divina de su único mediador, Jesucristo, y tan penetrado de ella que a veces cae más bien en el peligro de no reconocer en Jesucristo el hombre verdadero que participa de la misma naturaleza que nosotros.

No debemos, por tanto, angustiarnos, ni ser mezquinos ni tacaños al honrar a María. Es un signo de vida auténticamente católica el que lenta pero eficazmente, con humildad y fidelidad, crezca y madure en nuestro corazón un amor personal y tierno hacia la santísima Virgen; pero esto es también una gracia que debemos implorar.

Si ella es la medianera que nos ha dado al Señor, si es quien en Él y por Él nos comunica todas las gracias que son Él mismo y que Él nos adquirió, debemos amarla y venerarla a ella también en nuestro corazón. Con un amor siempre nuevo encenderemos los cirios sobre el altar del mes de mayo de nuestro corazón y de ese mismo corazón

brotará sin cesar el saludo evangélico del ángel y de Isabel:  
«Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita  
eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.»  
Sin cesar deberemos repetir: Señora nuestra, nuestra  
medianera, nuestra abogada, reconcilianos con tu Hijo y  
muéstranos ahora y tras esta vida el bendito fruto de tu  
vientre, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de  
nuestra muerte. Amén.